

# BOLETÍN

DE LA

## Academia Sevillana de Buenas Letras

---

---

### JUANITO ARROYO SE CASA

(COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO)

Esta es la noticia que un buen día saca de sus quicios a todo el mundo en Las Canteras, pueblo andaluz de cuyo nombre nos acordamos siempre, y en cuyo recinto corren las escenas de *Malvaloca*, la pecadora que quisiera fundirse como una campana, y de *Mariquilla Terremoto*, la criatura que nace en el fango y alcanza luego, por su aquel y sus méritos, brillante posición.

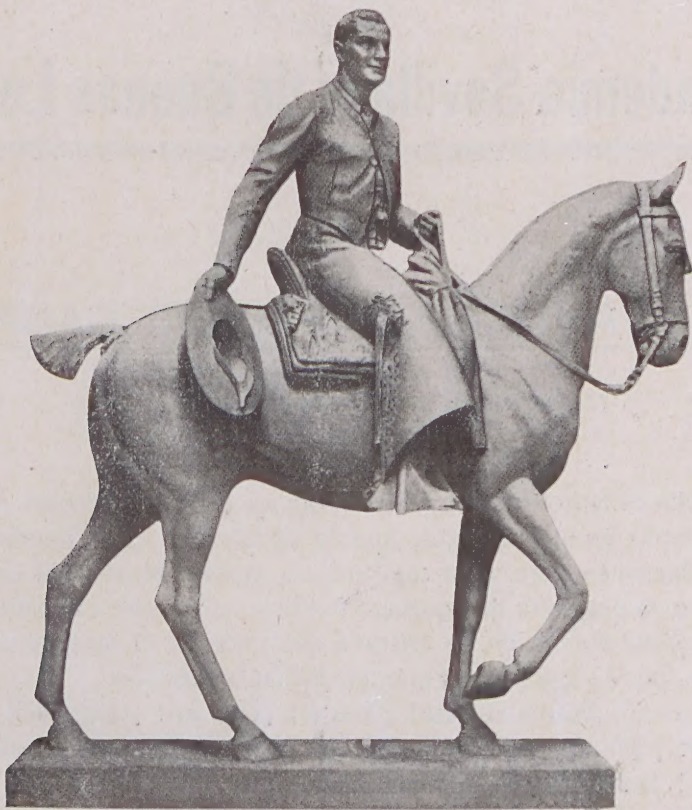
¡Juanito Arroyo se casa! ¡Que sí! ¡Que no! ¡Que usted ha de verlo! ¡Que no puede ser! ¡Que esto, que lo otro, que lo de más allá...! Quien está en lo firme, como quien está equivocado, quién gana o quién pierde en las diferentes apuestas que se originan, pronto se ha de ver. Con el cómo, y el cuándo, además, que es donde está el busilis.

\* \* \*

Echemos ahora, por no perder la obligada y sabrosa costumbre, un cuarto a autocríticas. Porque si bien es cierto que el autor como mejor habla de su obra es con la obra misma, no lo es menos que halla una cierta satisfacción en comunicar públicamente sus ideas y propósitos, su concepto del arte que cultiva, etc., etc., aunque

ello, por lo general, sirva de poco. Después de todo, no es la primera vez que decimos que un drama, una comedia o un sainete logrados, valen por toda una biblioteca de teorías.

Se anda ahora mucho a vueltas con la manía de la renovación,



Un enamorado andaluz  
(En el monumento de Madrid a los Quintero)

de la novedad a toda costa y de no dejar en ningún arte títere con cabeza. Nosotros, que acogemos siempre con gran ilusión a todo escritor original capaz de ofrecernos vetas nuevas de las inagotables minas de la creación artística, nos reímos, sin poder remediarlo, del prurito de la novedad mensual que padecen algunos. Además creemos firmemente que el verdadero arte, el que vive

siempre, el que alienta en todos los tiempos, es ajeno al influjo efímero de las modas; y que si a un escritor no le vuelve la espalda el público contemporáneo, sino que lo sigue y lo estimula, es porque marcha con su tiempo y continuamente se renueva, del mismo modo que renuevan al público, sin proponérselo, las sucesivas generaciones.

Entre las diversas modalidades de don Juan que esperan en nuestros apuntes, y a las que, si Dios es servido, les hemos de ir dando vida escénica, ahora le ha tocado la vez, después de *Don Juan, buena persona*, a este *Juanito Arroyo*. Pero ni él, ni el anterior, ni los que quiera que hayan de seguirles, deben ni deberán su existencia a sugerencias del mito de Don Juan, ni de sus multiformes leyendas, sino a nuestra observación directa de la vida. No son imitaciones literarias, sino seres cuyo germen nos dieron los que conocimos nosotros en nuestro constante y fructífero trato con hombres y mujeres.

Sin intención de imitar el ejemplo del mayor padre de todos los dramáticos, que en ciertos casos, para no perder independencia ni audacia creadora, sacaba de su despacho oportunamente a Plauto y a Terencio, así nosotros, aunque con distinto propósito que él, alejamos en esta ocasión de nuestro telar modestísimo las sombras augustas de todos los Don Juanes literarios, desde el del insigne Padre de la Merced hasta el del atormentado creador de *El hombre y sus fantasmas*. Y humildemente nos quedamos solos, cara a cara, con nuestro *Juan Arroyo*, o dígase *Juanito*, cuya vida, hazañas, felonías, mentiras y verdades—éstas las menos—conocimos de cerca.

Ni se lo tragó la tierra, como al de Tirso, ni se fué al cielo de la manita de Doña Inés, como el de Zorrilla; sino que vivió—a lo menos en la época en que tomamos nota de su vida y milagros—engañando a cuantas mujeres quiso, por obra y gracia de su travesura natural, de su desaprensión, de su cinismo hipócrita, de su labia y de su simpatía; cualidad esta última que consideramos como inherente al *donjuanismo*. Porque un Don Juan antipático o repulsivo, pocas hazañas anotará en su lista. Y cuenta que nosotros tenemos, en nuestros apuntes del natural, un Don Juan feo, muy feo, pero con mucha gracia y atractivo.

¡Singular psicología la de este libertino nuestro, que domina el

arte de la burla y la persuasión, y que, después de traicionar artísticamente a una mujer o de escapar con astucia y engaño de una



Una apasionada  
(En el mismo monumento, obras de Coullaut Valera)

horrible venganza, le reza con la mayor devoción una salve a la Virgen!

Así es este hombre: así nos lo mostró la vida. Y así también algún pasaje que en la comedia pudiera parecer audaz capricho de nuestra invención, no es sino trasunto de reales escenas análogas.

Si la creación ha sido feliz y la composición y el diálogo han obedecido a nuestra intención y cumplen su objeto, la una construyendo y afirmando graciosamente el edificio, y el otro llenándolo del alma de las gentes que viven en él, la representación lo dirá. Nosotros confiamos en el buen arte de todos los intérpretes.

Hemos escrito esta obra solicitados por una nueva pareja de comediantes, Antonio Vico y Carmen Carbonell, dignos de la ayuda de todos. ¡Ojalá responda cumplidamente a las ilusiones que fundan en ella! Mucho pueden en el empeño su juventud y su valer, y mucho los obliga por otra parte el nombre y el apellido del titular de la compañía, gloriosos en la escena española.

En nuestra mocedad, casi en nuestra infancia, soñamos—el soñar es libre—con que algún día estrenara una comedia nuestra D. Antonio Vico, a quien conocimos y admiramos en Sevilla. No se logró, por desgracia nuestra, aquel sueño; y ahora va a estrenárnosla un nieto del inolvidable comediante. No es mala señal para nosotros. ¡Se vive!

S. Y J. ÁLVAREZ QUINTERO

